

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

Vieja ciudad de hierro

100 biografías geográficas de la cultura mexicana

CÉSAR GÜEMES





**HISTORIA SIN REMANSO,
A MANERA DE PRÓLOGO**



1. -Papas, maestro –dijo Víctor Roura–. Papas huracanadas.

Con esa anuencia, el por entonces recién desempacado jefe de la sección cultural de *El Financiero* abrió la primera puerta de una serie de posibilidades de publicación de este proyecto periodístico que se habían ido cerrando de las maneras más disímolas a lo largo de un lapso considerable.

Eso, la apertura de la puerta, fue, con precisión, el primer martes de agosto de 1988.

2. Las cosas venían de muy antes. El sábado de la semana anterior a los terremotos del 85, ocurrieron un par de hechos en casa de Rodrigo González, ahora sí que autollamado Rockdrigo, y su compañera, cuyo nombre traducido del francés al castellano de México por él mismo, era Pancha. La bella rubia con los ojos de sulfato de cobre que pronosticara López Velarde, y Rodrigo González mismo, se encontraban, quizá un poco más él que ella, bajo los efectos de la deshidratación postetílica. Eran las 10:30 de la mañana cuando sonó el timbre de su departamento. Se asomó por la ventana del elevado piso donde se encontraba, despeinado aún por el fuerte viento nocturno y sin sus acostumbrados lentes oscuros:

-¿Qué pues?

-La entrevista de hoy, maestro –le dijo el de la voz, mostrando la grabadora que registraría el trabajo.



-Vuelan -respondió el compositor, refiriéndose a las llaves de entrada del edificio.

Escaleras arriba fue el reportero que, coincidencias de los fines de semana, padecía del mismo mal que el músico: cruda con todas las agravantes.

-Deja ponerme los lentes porque si no, nada más no veo -la luz entraba, ciertamente, con un brillo brutal para el estado de salud de entrevistado y entrevistador-. Ni te fijas por el tiradero. La Pancha está igual, al rato sale. Qué, ¿nos tomamos algo?

Nos lo tomamos. Fue un té de menta, ligero, tibiecito. No lo único que había en el departamento, sino lo único que las gargantas de ambos podían soportar.

Sucedió la entrevista, que sería la última que diera el compositor antes de quedarse dormido para siempre la mañana del 19 de septiembre.

Al terminar la plática tres horas más tarde, Rodrigo estaba lo suficientemente repuesto para salir por los periódicos del día. Al despedirse, ya con el alma en el cuerpo, en la puerta del edificio, tendió la mano.

-Ora. Gracias. Al rato hay cervezas. Viene gente. Echa una llamada y date una vuelta. Voy a tocar.

El reportero se dirigió a comer, luego al cine, luego a por un par de libros que andaba pastoreando y finalmente cayó en el departamento al que fuera invitado.

Las cosas se pusieron buenas, desde luego. Rodrigo fue no sólo anfitrión, sino que cantó y bebió como un pez o, mejor, como si siempre hubiera cantado y no hubiera bebido jamás en la vida.

-Qué, ¿cómo viste la entrevista? -preguntó en un aparte.

Era un buen testimonio: amplio, vario, con debate intermedio incluido. Y había algo más. En algún momento del final de la plática, ya cuando no hubo cinta suficiente para registrarlo, Rodrigo se dedicó a la nostalgia, a la añoranza de Tampico. Habló



de sus calles, de sus cantinas, de sus mujeres, de sus amigos. Era una pequeña biografía geográfica, redonda, una pieza de fino acabado.

-Vamos haciendo algo con lo que platicamos al final, lo de Tampico.

-Pero ya no se grabó- lamentó Rodrigo, como diciendo carajo.

-Es lo de menos. Lo grabamos después. El caso es que ahí hay una forma de columna o de sección. Cómo te suena: biografías culturales de México, músicos, poetas, pintores, arquitectos, fotógrafos, bailarinas, actrices.

-Toda la brosa, periodista.

-Toda, que no se quede nadie afuera. Empezamos contigo.

-Vas.

Quedamos de que le llamaría después, no había demasiada prisa. ¿Qué diferencia podría hacer una semana de más o de menos?

A los cinco días de eso, tembló.

Con una intensidad muy de vez en cuando percibida, tembló en la ciudad de México.

No volvimos a vernos.

3. El proyecto, luego de descansar un rato sobre el restirador de los trabajos a futuro, estuvo, con temblor y todo, a punto de concretarse.

-Proponme algo para el suplemento. Digo, algo que no sea indecoroso. Algo nuevo, una idea que no hayamos publicado de una forma o de otra - Manuel Gutiérrez Oropeza había terminado de cantar a capela, ante los ojos asombrados del director de *La Guía*, de *Novedades*, la versión completa de *La cautiva*. Tenor natural Oropeza, no era difícil para él inundar la redacción del suplemento que un día se llamó *La Onda* y del que había sido siempre el coordinador, el jefe de redacción.



Ya antes, desde la ENEP Acatlán, donde impartía clase, había invitado al reportero a trabajar en el sitio. Lo hizo, el reportero, con entrevistas, crónicas e incipiente crítica literaria. Pero se trataba de formar una nueva sección dentro del suplemento, un apartado fijo, además de trabajar sobre lo que fuera apareciendo dentro de la dinámica propia del periodismo cultural.

-Tengo una sección que proponerle, maestro -el reportero le hablaba, entonces, de usted al recién treintañero don Manuel. Y le contó todo el asunto.

-Me encanta.

-¿Una a la semana, en sitio fijo, con llamadita en portada?

-Sí. Pero ya. Orale -y se arrancó Oropeza, ante el éxito de su canto en la concurrencia del suplemento, con una muy desconocida pero muy bella de Agustín Lara.

Transcurrió, si acaso, un plazo no mayor a las dos semanas.

Nos despidieron a todos. Oropeza incluido, claro.

Luego de por lo menos una década de existencia, *La Guía*, que fue *La Onda*, desapareció del mapa en el nuevo esquema de *Novedades*.

-Ni hablar -me dijo Manuel, días después, ambos en pleno desempleo pero en una rumbosa fiesta en casa de otro periodista amigo de ambos, Alfredo Camacho, quien tenía en su casa al prodigioso Godoy, guitarrista de excepción-, también de dolor se canta.

Y se despachó con una de Guty Cárdenas que hizo, por el momento, que a todos se nos olvidara el temblor y la evaporación de nuestro suplemento.

4. El reportero puso nuevamente por escrito el, digamos, plan de la obra. Corregido y aumentado. Buscó incluso a una cantante de jazz para que fuese la primera entrevistada. Quién sabe por qué el afán de iniciar con alguien relacionado con la música.



Las cosas podrían ser mejores. Manuel Blanco, encargado de la sección de cultura de *El Nacional*, había dado el sí para que se publicara, semana a semana, la columna.

Hizo el reportero, tal era el cargo del que esto escribe en ese diario, entrega a Blanco del material: dos cuartillas rigurosamente medidas, revisadas, donde se daba cuenta de manera explícita de la colonia y los barrios en que hasta ese momento había transcurrido la existencia de la cantante.

-Mañana lo sacamos -dijo Blanco, al tiempo que destapaba la segunda cajetilla de Delicados sin filtro de la tarde.

Y sí, al otro día apareció.

Pero sin crédito de quien lo escribía. Pero con una foto de la cantante que, dada la tesitura de la columna, no requería de ser ilustrada. Pero sin el título de la columna. Pero con una cabeza que daba noticia de un inexistente concierto de la jazzista. Pero con un balazo que ratificaba lo anterior. Pero con los añadidos de los 'correctores de estilo' que se inventaron una noticia de lo que era una columna intemporal.

Todo se había ido al traste por la incapacidad de la burocracia periodística que por ese entonces campeaba en el diario señalado.

-¿Pasó algo, Manuel? -preguntó, todavía inocente, el reportero.

-No sé, mano, yo no sé -fue toda la respuesta de Blanco.

Poco tiempo más tarde el reportero dejaría esa sección para embarcarse en otro asunto laboral.

La tan apreciada columna, apreciada para su creador, seguía innata.

Corría el año de 1987.

5. En el estacionamiento de la ENEP Acatlán, donde ya para entonces Gutiérrez Oropeza daba clase *al alimón* con el reportero, le dijo una noche, ya para despedirse:



-Que te comuniqués con Roura. Acaba de ser nombrado jefe de la sección de cultura de *El Financiero*. Que te anda buscando.

-Cómo, maestro, cuál sección.

-Una que él propuso. Él la inventó. Ya hay sección de cultura en *El Financiero*.

-Desde cuándo.

-Desde hoy, mira -y le mostró al reportero un ejemplar del día, lunes, del periódico.

-¿Cuándo me recomiendas que le llame?

-Ya. Ahorita.

Fue el reportero al teléfono más próximo. Hizo cita con Víctor Roura para el día siguiente, a las 13 horas en punto.

Cuando sonaban las imaginarias campanas de una inexistente catedral en la Anáhuac, anunciando la una de la tarde, el reportero le planteó a Roura el proyecto en uno de los corredores del periódico, al ladito de donde sería al paso de unos días la sección de cultura.

La esperanza estaba aún viva, como una llamita a punto de prender en serio o de apagarse finalmente.

6. -Papas, maestro. Papas huracanadas.

-¿Cuándo empiezo? -preguntó el reportero. Era martes, el primer martes de agosto, la sección de cultura había apenas despegado.

-Ya, maestro, ya. Tráeme el material.

7. Fue toda una tarde, o por lo menos tres horas continuas, dentro de una cabina de Radio Educación, donde José González Márquez se convirtió oficialmente en el primer personaje de la cultura en ser entrevistado para lo que sería la columna. Era el primer miércoles de agosto del 88.



La charla fue deliciosa, amenizada por González Márquez con anécdotas, chistes, pedacitos de canciones, imitación de voces y una gran dosis de sinceridad. Con ello el reportero pudo haber hecho un pequeño libro. Pero sólo se valían dos cuartillas para la columna. Y así estaba bien, desde luego.

8. Al día siguiente de que el reportero entregó el texto, apareció por primera vez la columna *Mi Barrio*, titulada así por Víctor Roura, su indiscutible padrino de nacimiento y de bautizo.

–Preferiría que se llamara *Vieja ciudad de hierro*, Víctor.

–Es un título muy largo, maestro. Mira, no cabe en el espacio de una columna. Mejor le ponemos *Mi Barrio*, en honor a Chava Flores, sin necesidad de decirlo. Cuando hagas un libro con este material, entonces con toda confianza le puedes poner como dices. A mí me gusta, pero para efectos prácticos creo que es mejor como te digo. ¿O cómo ves?

9. A lo largo de cuatro años, de manera casi ininterrumpida, apareció la columna *Mi Barrio*, semana a semana. Una selección de las más de 200 entrevistas publicadas es la que aquí se presenta. La mitad, 100 exactas. El autor considera que este puede ser el primer volumen de lo que un día, de forma independiente, será un segundo libro con nombre similar donde se recuperen las otras 100 columnas que no están aquí. El criterio de orden de los trabajos es alfabético. El autor ha considerado pertinente conservar la denominación profesional que apareció originalmente en la columna, acompañando el nombre de quien habla de su entorno. Para esto, se tomó aquella actividad que mayor tiempo ha ocupado en la existencia de los entrevistados. Por razones similares, las personas que públicamente se manejan con un nombre distinto del propio, lo conservan como tal y así aparecen.



10. El que esto escribe agradece el trabajo de búsqueda, selección y transcripción crítica de Diana Cázares, sin cuya labor este libro simplemente no hubiera existido. Ni más, ni menos.

César Güemes



José Agustín, escritor

Para mí el primer sitio que está muy presente es la colonia Condesa, donde viví de niño. Me quedaba Chapultepec a dos cuadras de mi casa. Y me perdí, como deben de perderse muchos a esa edad para empezar a conocer cosas. Y fui a dar al bosque. Digamos que esa fue una de mis primeras iniciaciones ante la vida. Después unas personas me ayudaron a llegar a mi casa. Desde entonces no se me ha podido olvidar todo ese rumbo. Estamos hablando de mediados de los años cincuenta. Era un México diferente. Toda esa zona que está ahora atosigada de humo y coches antes era una delicia para recorrer a pie.

Pero luego nos cambiamos a la Roma Sur. Se estaba construyendo el Viaducto. Me encantaba ir a tirarme a los montes gigantescos de grava y de arena. Era muy agradable jugar con los materiales mismos que iban a constituir el México futuro. Por entonces asistía a la primaria Simón Bolívar, una escuela lasallista nefasta.

Luego nos fuimos a la Narvarte, donde pasé los años de mayor formación. Allí habité hasta los 16, más o menos. Vivíamos en la mera frontera, del otro lado me quedaba la colonia Buenos Aires a donde con gran frecuencia me daba mis vueltas. Había muchos lotes baldíos. Y un chavo la podía pasar padre andando en vírula por el lugar.

Tanto llegó a influirme esa atmósfera que es el escenario de mi segundo libro: *De perfil*.



Ya casado, poquito después, regresé a la Roma, sobre Álvaro Obregón y Medellín. Y más tarde avancé, en la misma colonia, a la calle de Mérida.

De la época recuerdo los cafés-cantantes donde escuché por primera vez a los Dugs. Y otros donde tocaban Arana, Bátiz, Peace and Love.

Y no sólo era rica la ciudad en cafetines, sino en pandillas, como aquellas temibles del barrio de Romita, una isla dentro del lugar. Y desde luego, todo el pedigrí porfiriano que se la pasaba reclamando a sus Carlos Fuentes y a sus José Emilio Pachecos para que los fueran a cronocar.

Después me fui a la Del Valle, estuve viviendo en Gabriel Mancera casi esquina con Félix Cuevas, enfrente de la terrible Gayosso, que no dejaba de ser un aliviane cuando a altas horas de la noche necesitabas café o cigarros. Nomás era cosa de hacer cara de deudo y te vendían de volada.

Y muy cerca estaba el Parque de los Venados donde me citaba a medianoche con Parménides García Saldaña, o el parque de Matías Romero donde ahora hicieron una horrenda Comercial Mexicana. Con Parménides generalmente nos estábamos un buen rato coto-reando en el mismo parque y luego nos íbamos caminando por Pilares, de ahí llegábamos a Miguel Mancera en donde inexorablemente dábamos vuelta porque, o el Par no tenía casa o le era necesario llegarle a casa de su familia donde la relación fue siempre muy tormentosa.

Así que íbamos a dar a mi casa, con todas las reservas posibles porque el Par, aparte de amigo era una fiera y era capaz de clavarse mis libros.

Y una cosa es que se lo hagas a la librería de Cristal y otra hacérselo a los cuates.

Luego me fui a la Prado Churubusco que era maravillosa con su río. Y finalmente acabé saliéndome de la ciudad.



Ahora que lo pienso, una vez que estaba en Cuba recordaba con mucha intensidad la esquina de Yucatán e Insurgentes. No hay nada en particular ahí, quién sabe por qué la recordaba con mucha intensidad. Pregúntame por qué. No sabría responder.

Marcial Alejandro, compositor

Nací en la colonia Moderna, junto a un parque al que le faltaban los columpios. Además, siempre estaba hecho un lodazal. Era una especie de llano con una enorme bomba de agua en medio. Mi madre nos llevaba, entonces, al parque de la colonia de enfrente, cruzando la calzada de Tlalpan. Era la colonia Álamos, en la cual acabamos viviendo al poco tiempo.

Me encanta recordar que en la Moderna pasaba un señor con unas burras, un día a la semana, y tomábamos la leche recién ordeñada. Desde luego que el líquido no era de lo más sabroso del mundo, pero el premio consistía en dar, montados en el animalito, una vuelta a la manzana.

En la Álamos iba a la escuela. Y el dato que evoco con mayor deleite es el de los sopes que vendían a la vuelta. Unos sopesotes así de este tamaño, como charola de pan. Baratísimos. Sólo con salsa y un puñito de queso. No tenían mayor chiste pero eran un agasajo.

Nuestra casa estaba sobre Isabel la Católica. Y qué tiempos serían aquellos que era posible jugar fútbol en plena calle. El patio del edificio donde habitábamos era el paraíso de toda la bola de niños del sitio. En ese ambiente llegamos a diseñar una casa que hizo las veces de club: un esqueleto de madera forrado con láminas de cartón y chapopote. Por las noches, para que no estorbara la circulación vial, colgábamos el pequeño recinto desde la ventana del departamento de mis amigos los Ronces. Por las mañanas



bajábamos el localín y otra vez se volvía el lugar idóneo para planear nuestras travesuras.

Aún me enternece la imagen de la doña que cuidaba el edificio, la portera, pues. A ella no le gustaba mucho que digamos la escandalera que provocaba el montón de chavos que practicábamos sanamente el deporte. Como ella vivía hasta arriba de la construcción y padecía de la vista, tardaba un buen rato en bajar las escaleras para reprendernos. Nosotros, malvados como casi todo infante, al escondernos echábamos mano de las dificultades que tenía la buena señora para ver, y nos pegábamos a las paredes aguantando la respiración. Ella pasaba rozándonos apenas, sin alcanzar a descubrirnos. Desde luego que soltaba cientos de cacayacas en contra de la punta de malos que éramos.

Luego vino la guitarra, y abandoné el barrio. El instrumento me hizo volverme un bohemio a temprana edad. Empecé a vivir de la música en sitios itinerantes. Como que me volví mundano. Fue la época de compartir un departamento con el también guitarrista Roberto Cárdenas, sobre la calle Cerro del Vigía, frente a donde antes estaba la Ibero. Era hermoso habitarlo, por sus balcones llenos de paz que nos invitaban a componer. Así que desde el balcón repasábamos pisadas mientras nos envolvía el aroma de unos macetones enormes donde cultivamos plantas de ornato.

Luego me casé y nos fuimos al Desierto de los Leones, por el kilómetro 24. Una casita sola en medio del bosque. Me reencantaba ir a cortar leña. Me invitaba a esa correría un campesino, Fructuoso, experto en esas lides. Y nunca cortamos un árbol para hacer la leña. Siempre recorríamos buena parte del terreno hasta encontrar un tronco seco y sobre él nos íbamos a hachazos.



Alma Rosa Alva de la Selva, investigadora

A los de mi generación, me atrevo a decirlo, nos tocó vivir el último esplendor de la ciudad de México. Yo habité buena parte de tiempo, luego de los años cincuenta, en el centro. Primero en la calle de Perú y después en Belisario Domínguez. Eran calles como de cuento. Recuerdo, por ejemplo, a un señor que vendía gallitos de tamarindo y era idéntico al personaje de García Márquez que comercia con los mismos dulces. Desde luego que todos los niños íbamos corriendo tras él a lo largo de muchas calles. También recuerdo claramente la presencia del señor Toño que, acompañándose de un pandero, daba funciones a diario junto con un enorme oso.

Campeaban las leyendas de aparecidos por el rumbo y esto le confería a la zona un peculiar atractivo. Se contaba, por ejemplo, que había tesoros enterrados bajo el edificio en donde vivíamos. Y es que todos esos predios pertenecieron de manera original a la organización religiosa de Santo Domingo. De ahí que se supiera también que bajo los cimientos de varias construcciones había osamentas enterradas, porque eso constituía un cementerio en épocas remotas.

En Perú número 100, por ejemplo, mucha gente contaba que se aparecía un charro al que asesinaron en el siglo pasado por asuntos amorosos. O que rondaba por las noches una mujer que había sido herrada –así como los caballos– por el mismo diablo; asunto debido a que la mujer tentó con sus encantos a un párroco del lugar. Todo esto lo reseñaba puntualmente una revista de nombre *Leyendas de la ciudad de México*. Texto que devorábamos semana a semana para enterarnos de los casos y recorrer, ya con esos conocimientos, las calles pobladas de amables fantasmagorías.

Y luego, ya para estudiar la primaria, me inscribieron en una de nombre Víctor María Flores, que estaba en Versalles, en la colonia



Alma Rosa Alva de la Selva, investigadora

A los de mi generación, me atrevo a decirlo, nos tocó vivir el último esplendor de la ciudad de México. Yo habité buena parte de tiempo, luego de los años cincuenta, en el centro. Primero en la calle de Perú y después en Belisario Domínguez. Eran calles como de cuento. Recuerdo, por ejemplo, a un señor que vendía gallitos de tamarindo y era idéntico al personaje de García Márquez que comercia con los mismos dulces. Desde luego que todos los niños íbamos corriendo tras él a lo largo de muchas calles. También recuerdo claramente la presencia del señor Toño que, acompañándose de un pandero, daba funciones a diario junto con un enorme oso.

Campeaban las leyendas de aparecidos por el rumbo y esto le confería a la zona un peculiar atractivo. Se contaba, por ejemplo, que había tesoros enterrados bajo el edificio en donde vivíamos. Y es que todos esos predios pertenecieron de manera original a la organización religiosa de Santo Domingo. De ahí que se supiera también que bajo los cimientos de varias construcciones había osamentas enterradas, porque eso constituía un cementerio en épocas remotas.

En Perú número 100, por ejemplo, mucha gente contaba que se aparecía un charro al que asesinaron en el siglo pasado por asuntos amorosos. O que rondaba por las noches una mujer que había sido herrada –así como los caballos– por el mismo diablo; asunto debido a que la mujer tentó con sus encantos a un párroco del lugar. Todo esto lo reseñaba puntualmente una revista de nombre *Leyendas de la ciudad de México*. Texto que devorábamos semana a semana para enterarnos de los casos y recorrer, ya con esos conocimientos, las calles pobladas de amables fantasmagorías.

Y luego, ya para estudiar la primaria, me inscribieron en una de nombre Víctor María Flores, que estaba en Versalles, en la colonia



tal como recuerdo, detenidos, los relojes que marcaron el compás de aquella ciudad desde la calle de Isabel la Católica.

Ikram Antaki, escritora

Con los sitios en los que he vivido he conseguido atravesar tres siglos: XIX, XX y XXI.

Primero: me remito a los años cincuenta, en Damasco, al centro de la ciudad que lleva el nombre de Siete Fuentes. La enorme casa familiar lo era en el sentido más exacto de la palabra. En ella coexistíamos desde los pequeños, en cuya lista me incluyo, hasta los mayores, como mis tíos y mi abuelo. Él había pertenecido al Frente Nacional, por ello a la salida del recinto estaba una caseta de policía que le garantizaba protección a lo largo de toda la jornada. Cuando mi madre tomaba un taxi, desde el lugar que se encontrara, le bastaba decir: "Lléveme, por favor, a mi casa", y sus deseos eran cumplidos. En la calle se formaba una enorme fila de autos de alquiler dispuestos a llevar a mi abuelo al punto que dispusiera. Esta actitud la había provocado la moneda de oro que él otorgaba al conductor sin importar la distancia que fuera necesario recorrer. Debido a las relaciones comerciales que entraban en su cartera, durante varios días de la semana delante de la entrada se colocaban hileras de las más diversas mercancías, regalo de las empresas con las que mantenía contacto: telas, peces, productos agrícolas, todo lo que es dable imaginar en el comercio de aquella región. Un coche, tirado por caballos, iba a recogernos a la escuela y en él dábamos un paseo antes de llegar a casa. Esto era la vida en esa primera estancia, en un lugar donde transcurría muy lentamente el siglo XIX.

Segundo: 1969, estoy en París, estudiando al tiempo que desempeño los más diversos trabajos y habito prácticamente en toda la



Ahí va la humanidad, con el peso de su espíritu errabundo ♦ Pero dime cuál es tu sueño y te diré cuál es tu barrio amniótico ♦ Porque el adulto trastabillante, en la turbulencia de su madurez, se reconoce en el niño de la otra orilla ♦ César Güemes aposta el oído periodístico que es hombro que es diván que es confesionario para que un centenar de personajes de la cultura finisecular restaure el entorno infantil, al conjuro de un pasado ineluctablemente sacramental ♦ *Vieja ciudad de hierro, 100 biografías geográficas de la cultura mexicana* es una suerte de plebiscito de la memoria en el que pasan lista las historias familiares, el primer hogar que anidó el recuerdo, aquella temeridad que luego se travistió pesadilla, la niñez con pasaporte de púber ♦ En angostos zócalos de historias contadas en primera persona, pintores, músicos, escritores, periodistas, cineastas, ensayistas, poetas, dramaturgos, cartonistas, cabalgan en la nostalgia, exorcizan ultrajes, pero, y sobre todo, permiten que vuelva a retozar en su sangre aquel niño que fueron.

Manuel Gutiérrez Oropeza

